

REVISTA DE ESTUDIOS REGIONALES Nº 54 (1999), PP. 183-202

Globalización, agricultura y ordenación del territorio en Andalucía

Manuel Delgado Cabeza
Universidad de Sevilla.

BIBLID [0213-7525 (1999): 54: 183-202]

PALABRAS CLAVE: Industria agroalimentaria, Ordenación del territorio, Agricultura, Globalización.

KEY WORDS: Agrofood system, Territory arrangement, Agriculture, Globalization.

RESUMEN

En esta ponencia se trata de presentar, en una primera aproximación, la traducción en Andalucía de los cambios asociados a la globalización de la agricultura y del sistema agroalimentario. La agricultura andaluza, cada vez más desconectada de la industria agroalimentaria, crecientemente orientada hacia el exterior y desvinculada de la demanda interna, se polariza en torno a procesos productivos localizados en muy pocos espacios. En la última parte se hace referencia a las implicaciones de esta polarización en el modelo de ordenación del territorio.

ABSTRACT

Firstly, in this paper we try to show the impact on Andalusia of the associated changes from the globalization of the agriculture and the agrofood system. The andalusian agriculture is every time more disconnected from the internal demand and the home agrofood industry and, other hand it is polarized around productive process located in a few territories out Andalusia. In the second part of this paper we make some references about the implications coming from the polarization of the new emerging model of territory arrangement.

1. ANDALUCÍA EN UNA ECONOMÍA GLOBAL.

Hace más de un siglo, desde mitad del XIX de una manera ya clara, que la economía andaluza está articulada en el sistema económico vigente. De modo que su forma, su estructura interna, ha venido siendo, en gran medida, condicionada y modulada por la evolución que experimenta su articulación hacia fuera.

Por otra parte, desde mitad de los 80, en los territorios que conforman el núcleo más dinámico del sistema, las necesidades de recuperar mayores ritmos de crecimiento, y las posibilidades que brinda un nuevo sistema tecnológico, van a desembocar, como respuesta a la crisis del fordismo, en la instauración de nuevas reglas del juego. Su traducción tiene lugar sobre dos ejes, rela-

cionados estrechamente, y alrededor de los cuales giran las principales tendencias que hoy afectan a las economías regionales.

Por una parte, una profunda transformación en los modos de organización del trabajo, que supondrá una modificación de las bases materiales de la organización social en todos los ámbitos: las formas producir, pero también las de consumir, la gestión de los recursos, y, en general, las maneras de vivir. Por otro lado, se intensifica la internacionalización acelerada de todos los procesos económicos, como forma de incrementar la rentabilidad y ampliar los mercados. En este sentido, las nuevas tecnologías facilitan la posibilidad de coordinar y planificar la gestión de los recursos a escala mundial, pudiendo materializarse así "la fábrica global" (Grunwald, y Flamm, 1985), y generándose una economía "con capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria" (Castells, 1997); una economía global.

En medio de este panorama, la desregulación, y la supresión de todo tipo de barreras a la libre circulación de capitales y mercancías tratará de abrirse paso para sustituir a los intervencionismos y las regulaciones estatales o institucionales en general. Y, si bien es cierto que, como algunos autores han señalado, no todo está globalizado (Hirst y Thompson, 1996), sí podría decirse que casi todo se ha visto afectado, o está bajo la influencia de la globalización.

Uno de los circuitos hoy claramente bajo el predominio de la globalización, dentro de los aparatos productivos, es el constituido por el sistema agroalimentario, cuya creciente integración hace hoy más necesario que nunca un tratamiento conjunto de los diferentes eslabones que lo conforman. Las industrias, a las que se dirige cada vez un porcentaje mayor de la producción agraria, plantean sus estrategias de ventas orientadas a mercados globales o regionales, desconectándose de manera creciente la producción del consumo, y convirtiéndose la agricultura en una fuente de materias primas "para mercancías complejas digeribles que pasan a través de la producción y distribución por las grandes empresas" (Etxezarreta, 1999). De modo que, desde la producción animal, a los productos en fresco, implicados en grados de preparación y elaboración crecientes, siguen procesos que implican, a su vez, a distintos espacios en los que se sitúan diferentes fases o tareas necesarias en su aproximación a los mercados (Bonnano, 1994).

Uno de los cambios en los que se ha visto implicado este sistema agroalimentario es el que se relaciona con las modificaciones en las pautas de consumo de sus productos, unido al estancamiento o incluso la regresión de los gastos en alimentación. La saturación de los mercados ha favorecido la puesta en marcha de estrategias de diferenciación de productos; una segmentación en correspondencia con la fractura social generada por la globalización,

y su traducción en los mercados de trabajo, que engendra una gran diversidad de "microtipologías" o grupos sociales, concentrados alrededor de dos polos crecientemente diferenciados en sus condiciones de vida, con la consiguiente dualización del consumo.

En este contexto, hay una orientación hacia productos más complejos y sofisticados, con mayor valor añadido de atributos que proporcionan un papel central a la investigación y el desarrollo tecnológico, y favorecen la concentración empresarial, convirtiéndose los grandes grupos multinacionales de la agroalimentación en los actores que impulsan hoy la evolución del sistema agroalimentario (Constance y Hefferman, 1994).

En estos grandes circuitos de producción y distribución agroalimentaria, ha tenido lugar una pérdida de "peso" de la agricultura, alejándose de ella los centros de decisión y de control de los procesos, y reduciéndose cada vez más el papel del agricultor al de "cliente" de las redes suministradoras de tecnología e "inputs" agrarios en general, y, por el lado de las ventas, al de abastecedor de materias primas requeridas por una demanda subordinada a los intereses de los grandes agentes que controlan la producción y la distribución (McMichel, 1994). En los últimos años, el centro de gravedad de la cadena alimentaria se desplaza progresivamente en favor de la gran distribución. El fuerte grado de concentración de las empresas distribuidoras, organizadas en grandes redes de distribución que canalizan en los mercados europeos el 70% de la comercialización agroalimentaria, junto con la abundancia de productos, y una demanda altamente saturada, sitúan a la gran distribución en posiciones de privilegio para la negociación en mercados para los que, en gran medida, poseen la llave de acceso (Sanz Cañadas, 1997).

Todos estos elementos endurecen las condiciones de competencia para la agricultura, que a la vez se ve inmersa en un proceso de disminución de la protección y la intervención, y de desregulación, que tiende a aproximar la producción a los requisitos del mercado. La mayor dualización de la producción agraria, aparece así como uno de los resultados de este proceso, acentuándose las ventajas de las explotaciones más competitivas, aquellas que reúnan tamaños y condiciones de eficiencia productiva, mientras crecen las dificultades para un resto, progresivamente excluido por los mercados. La profundización de estas tendencias es lo que lleva a esperar en la Agenda 2.000, una "drástica" disminución del número de explotaciones y del empleo para los próximos años en la agricultura de la Unión Europea (Fernández Durán, 1999).

En medio de estas tendencias, en la agricultura andaluza se han producido cambios importantes en los últimos quinquenios. La Tabla 1 nos muestra dos de las direcciones en las que se han producido esos cambios. Por una parte, ha

tenido lugar una fuerte pérdida de peso de la agricultura en la estructura productiva andaluza, reflejada en el descenso de su participación en el valor añadido total, que va desde un 13,1% en el período 1975-1985 al 9,8 en 1991-95. La agricultura ocupa un lugar muy distinto al que venía teniendo en la estructura económica de Andalucía. Su importancia como fuente generadora de riqueza monetaria ha disminuido notablemente. Sin embargo, la función de Andalucía como suministradora de productos agrarios hacia el exterior se ha visto fuertemente reforzada. En este sentido, se ha pasado de una participación del 23,0% en la producción agraria española alrededor de los 80, a un 28% en los 90, creciendo esta participación de una manera ininterrumpida.

TABLA 1
EL PESO DE LA AGRICULTURA ANDALUZA

Períodos	% Valor A. agricultura española	% Valor A. economía andaluza
1975-1985	23,0	13,1
1985-1991	25,8	10,9
1991-1995	28,0	9,8

Fuente: BBV. *Renta Nacional de España y su distribución provincial*

Con la particularidad de que, ante el estancamiento, o la regresión de otras actividades que anteriormente formaban parte del núcleo sobre el que recaía la especialización productiva andaluza, hoy resalta aún más la agricultura como sector que polariza las funciones que, desde otros espacios, se demandan a Andalucía. Como más adelante quedará confirmado, el territorio andaluz es un espacio al que se asigna, de manera creciente en las cuatro décadas consideradas, el papel de abastecedor de productos agrarios a mercados exteriores.

2. POLARIZACIÓN, ORIENTACIÓN EXTERIOR Y RELACIÓN CON EL SISTEMA AGROALIMENTARIO.

La creciente especialización productiva agraria de la economía andaluza participa de algunos de los rasgos que, condicionados por la globalización y la entrada en la Unión Europea a mediados de los 80, inciden en mayor medida sobre la dinámica económica regional de los últimos quinquenios.

Así, a la segregación de espacios agrarios asociada a la modernización de los 60, ha seguido, como consecuencia de una profundización en la división espacial del trabajo y la asignación a los distintos territorios de las funciones para las que presentan mayores ventajas, un fuerte proceso de especialización productiva. De modo que, en contraste con las situaciones propias de la agricultura tradicional, en las que la diversificación era un valioso elemento que proporcionaba mayor fortaleza y seguridad a los agrosistemas, ahora se concentran y asocian cultivos y espacios, de tal modo que, en Europa, "el 80% de la producción agrícola proviene de sólo el 20% de las explotaciones agrarias concentradas en espacios clave como Paris-Bassin, East Anglia, Emilia Romagna y Holanda" (Whatmore, 1995:47).

Este proceso de fuerte especialización y localización espacial de los sistemas de producción agrícola tiene su reflejo en Andalucía en la evolución de la estructura de los cultivos, contenida en la Tabla 2.

TABLA 2
**ESTRUCTURA DE LOS CULTIVOS EN ANDALUCÍA %
% PRODUCCIÓN FINAL. PRECIOS CONSTANTES.**

Cultivos	1977	1987	1995
Cereales	13,7	17,4	3,1
Leguminosas	2,7	1,6	1,1
Tubérculos	2,9	2,2	1,6
Cultivos indust.	21,1	22,1	12,5
Frutas y hortal.	32,1	34,7	47,7
Flores	0,9	1,5	6,5
Olivar	19,7	14,0	23,0
Viñedos	6,6	4,0	2,1
Semillas	0,7	1,0	2,4
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: Consejería de Agricultura y Pesca. Junta de Andalucía. Anuario de Estadísticas Agrarias y Pesqueras.

Como puede observarse, en el período considerado se produce una fuerte polarización en torno a los tres tipos de cultivo cuya participación se ve incrementada de manera significativa en el período considerado: Frutas y Hortalizas, Flores y Olivar, suponen, e 1995, más de las tres cuartas partes (77,2%),

del valor de la producción final agrícola. En un 11,2% de las tierras cultivadas, ocupadas por Frutas y Hortalizas y Flores, se genera más de la mitad de la producción final agraria andaluza. El ascenso de este grupo de cultivos, junto al declive de, prácticamente, el resto, y en especial de aquellos grupos que habían venido compartiendo con ellos la especialización productiva en los 60, - Cereales, y Cultivos industriales -, concentra, sectorial y espacialmente, la especialización agraria en torno a cultivos intensivos que se desenvuelven dentro de un modelo con características comunes en las que se ha tratado de profundizar en otro lugar (Delgado Cabeza y Vázquez Duarte, 1999).

A los efectos de este trabajo, sólo nos interesa señalar ahora que esta es una agricultura crecientemente orientada hacia el exterior, como muestra la evolución del peso de las exportaciones sobre la producción interior, incluido en la Tabla 3. De tal modo que, si en 1980 se exportaba el 19,4 de la producción agraria andaluza, en 1990, el 31,5% del valor de la producción tiene su destino en otros mercados. Esta orientación hacia fuera es especialmente intensa para los productos que se han mostrado más dinámicos en los últimos quinquenios. Prácticamente la mitad de las frutas y hortalizas que se producen en Andalucía se dirigen hacia la exportación.

Una agricultura cada vez más exportadora dentro de una economía en la que la parte de la producción interior andaluza que se destina al exterior ha disminuido su proporción. En efecto, mientras que en 1980 se dedicaba un 80,8% del total de recursos a atender la demanda interna, en 1990 este porcentaje era de un 85,8 %¹. Las exportaciones han crecido a un ritmo menor (31%) que el de las principales variables macroeconómicas: el valor añadido (43,9%), la producción (50,7%) o la demanda total (61,8%). Sin embargo, las importaciones se han incrementado a un ritmo casi tres veces mayor al de las exportaciones (90,4%). El déficit comercial se ha multiplicó casi por cinco en sólo diez años. Los efectos de una mayor apertura exterior, en un período marcado por la incorporación a la entonces CEE se han dejado sentir en la estructura productiva andaluza, poniéndose de manifiesto su debilidad frente a otras economías.

Sectorialmente, las exportaciones andaluzas continúan girando, con un alto grado de polarización, en torno a la agricultura y la industria agroalimentaria (básicamente Aceites y grasas y Vinos y alcoholes), a las que acompañan de lejos ciertas actividades de enclave como Refino de petróleo o Química básica.

Si se considera el bloque agroalimentario, su peso dentro de las exportaciones ha pasado del 34,3% al 40% en la década de los 80. Su incremento ha

1. Para un mayor desarrollo de las relaciones de la economía andaluza con el exterior puede verse Delgado Cabeza, 1995.

sido del 53%; muy por encima del experimentado por el conjunto de las exportaciones. Mientras tanto, descontadas las agroalimentarias, en el resto de las actividades, las exportaciones han crecido sólo un 19,5%.

TABLA 3
AGRICULTURA ANDALUZA. BALANZA COMERCIAL *

Conceptos	1980	1990
Exportaciones	93,2	183,1
Importaciones	77,3	117,4
Saldo	15,9	65,7
% exportaciones/producción	19,7	31,5
% satisfacción demanda interna	83,1	76,3

*miles de millones 1990.

Fuente: T.I.O. y Cuentas Regionales de Andalucía.

Ahora bien, dentro de este bloque agroalimentario, acaparador de una elevada proporción de actividad productiva andaluza (38,7% de las principales relaciones intersectoriales en 1990), las industrias agroalimentarias han visto disminuir su importancia, siendo la agricultura la actividad que en mayor medida ha visto crecer sus exportaciones, integradas en 1990 por productos hortofrutícolas en un 60%. Las ventas al exterior de productos agrícolas andaluces se han incrementado en un 96,4% en la década. Un síntoma de la profundización de la especialización agraria a la que ya se había hecho referencia.

Dentro de la industria agroalimentaria andaluza, el subsector Aceites y grasas tiene un comportamiento análogo al de la agricultura, en el doble sentido: sus exportaciones crecen notablemente, aún con mayor intensidad que en la agricultura (151,6%) y su orientación exterior también se ha incrementado de manera significativa, pasando de suponer el 63,4% de su producción interior en 1980 al 85,6% de la misma en 1990.

En Vinos y alcoholes, el otro epígrafe exportador importante agroalimentario en Andalucía, disminuyen las exportaciones en un 31% durante el período, con una intensidad mayor de lo que lo ha hecho la producción (28,5%). Los vinos andaluces están inmersos en un proceso de clara regresión frente a la competencia.

Hay, por tanto, una adecuación entre el perfil de la especialización productiva observado hasta aquí, centrado básicamente alrededor del auge de frutas y hortalizas y olivar, y su traducción en las exportaciones.

Sin embargo, también la agricultura se encuentra entre los principales sectores importadores en 1990. Las importaciones agrícolas han crecido un

51,8% en los diez años que van del 80 al 90, de manera que, mientras que en 1980 se cubría desde Andalucía la demanda interna de productos agrarios en un 86,1%, en 1990 sólo se hace en un 76,3%. Ahora se importa el 23,7% de los productos agrarios que se consumen. Esta creciente separación entre la producción agraria interior y la demanda local es otra de las consecuencias del proceso de integración y modernización de la agricultura andaluza.

Estamos ante una agricultura que se especializa en una estrecha gama de productos destinados a abastecer los mercados exteriores, siendo este el segmento competitivo de la agricultura andaluza, mientras las necesidades interiores se cubren, cada vez en mayor medida, desde el exterior, quedando fuera de juego sectores cada vez más amplios que atendieron la demanda de mercados locales y/o exteriores, y que ahora se ven excluidos en beneficio de otras agriculturas más competitivas. La progresiva mercantilización, la globalización y el subsiguiente predominio de la gran producción y la gran distribución trae consigo la desaparición de sistemas productivos adaptados a las limitaciones ambientales de cada zona, y la ruptura de la tradicional relación del campesinado con su entorno y de los vínculos directos, no ya entre productores y consumidores, sino entre producción y consumo.

Esta misma separación se constata también para la industria agroalimentaria, que, en su conjunto era capaz de proporcionar en 1980 el 70,3% de los productos alimentarios elaborados que se demandan en Andalucía, mientras que en 1990, la parte de esta demanda cubierta con la oferta interior pasa a ser del 46,6%, de modo que más de la mitad de los productos agroalimentarios (53,4) que se consumen en Andalucía deben ahora importarse.

Se ha perdido una importante capacidad para abastecer el mercado interno con producción procedente de la industria agroalimentaria andaluza, siendo este fenómeno especialmente relevante en dos subsectores que figuraban entre los principales exportadores: Aceites y grasas y Vinos y alcoholes. En Aceites y grasas, se ha pasado de cubrir el 92,5% de la demanda interna con producción andaluza, a proporcionar menos de la mitad diez años más tarde, 40,2%. Ahora se importa el 59,8% de los aceites para alimentación que se consumen en Andalucía. Y así, mientras las exportaciones de aceites y grasas se multiplican por 2,5, las importaciones lo han hecho por 13,1. Vinos y alcoholes ha bajado en su nivel de satisfacción de la demanda interna de un 70,9% a un 30,6%. Las dificultades no son sólo para mantenerse en los mercados exteriores; también se pierde cuota de mercado en el interior de Andalucía.

El proceso de integración de la agricultura andaluza en el *agrobusiness* ha tenido lugar de modo que, por el lado de las compras, como ya se señaló anteriormente, la dependencia de productos de fuera del sector es creciente. Las

tablas input-output lo reflejan claramente (Tabla 4). Los reempleos pasan de representar el 34,5% al 21,8% en la estructura de consumos intermedios. Esta disminución se hace en favor de la industria, pero, en esta década, sobre todo de los servicios. Hay que señalar también que en las compras del sector agrario se ha producido un cambio no sólo en cuanto a su origen sectorial, sino también en lo que se refiere a su origen espacial. De modo que, mientras que en 1980 el 13,6% de las compras de fuera del sector provenían de fuera de Andalucía, esta cifra aumenta en 1990 al 22,7%. Se han incrementado las necesidades de importación o, lo que es lo mismo, el sector agrario ha disminuido su capacidad de arrastre del resto de la economía andaluza, como ponen de relieve otros trabajos al respecto (Morillas,1995).

TABLA 4
CONSUMOS INTERMEDIOS EN EL SECTOR AGRARIO ANDALUZ.

Origen	1980	1990
Reempleos	34,5	21,8
Industria	53,5	54,1
Servicios	12,0	24,1
Total	100,0	100,0

Fuente: T.I.O. y Cuentas Regionales de Andalucía.

Desde el punto de vista de las relaciones hacia adelante, en Andalucía, en consonancia con lo visto hasta ahora, hay una mayor orientación de la producción agraria hacia la demanda final, que pasa de absorber el 43,3% en 1980 a un 53,3% en 1990, siendo ahora bastante menor el porcentaje de producción agraria que se transforma. Esta tendencia es contraria a lo que sucede en la economía española, donde además la parte de la producción agraria que se elabora es mucho mayor (alrededor del 80%) (Naredo y Abad,1997). Estamos ante un síntoma claro de desconexión creciente entre agricultura e industria agroalimentaria, en una situación en la que, el complejo agroalimentario andaluz, lejos de consolidarse, ha perdido cohesión, como consecuencia de la forma de articulación o integración hacia el exterior de cada una de las dos partes.

Esto sucede al mismo tiempo que, en relación con las dinámicas que redefinen la producción global y los modelos de consumo (Goodman y Wilkinson,1994), tiene lugar una tendencia al desplazamiento hacia adelante de las principales magnitudes económicas en el sistema agroalimentario en detrimento del sector agrario. En Andalucía, esta tendencia se traduce en una dismi-

nución del peso del sector primario en el consumo interno de productos agroalimentarios, que lleva a que los alimentos con algún grado de elaboración, que en 1980 suponían un 65,1% del consumo interno de productos agroalimentarios, en 1990 han pasado a representar un 70%.

Y aunque los niveles de transformación están por debajo de los que se tienen para la media española, donde se elabora alrededor del 85% de alimentos demandados (Naredo y Abad, 1997), este incremento en la elaboración de productos consumidos dentro de la cadena alimentaria no ha venido acompañado de un desarrollo en consonancia de la industria agroalimentaria situada en Andalucía, sino de la que se localiza en el exterior. Así lo indica, por una parte, el crecimiento de las necesidades de importación para cubrir el consumo interior, que ahora, como se había mencionado, sobrepasa la mitad de los productos agroindustriales consumidos, y por otra, la regresión de la industria agroalimentaria andaluza, como lo muestra su decreciente participación en la producción española equivalente.

En efecto, este declive de la especialización agroalimentaria, al contrario de lo que ha sucedido en la agricultura, es el que lleva a la participación en la producción española equivalente desde una cuarta parte de la misma en 1955, (25,6%), a un 16,6%² en 1994. Pero los cambios han ido más allá de la regresión en estos términos, y hay que relacionarlos con un proceso de relocalización de la industria agroalimentaria en áreas más próximas a los grandes centros de consumo de los espacios centrales³ (Sanz Cañadas, 1993).

Una reestructuración productiva, que en los últimos quinquenios tiene como referente la configuración del mercado único, (Delgado Cabeza y Román del Río, 1995), y que ha supuesto en Andalucía una polarización alrededor de algunas actividades, -básicamente la fabricación de aceites y grasas y azúcar-, situadas en las proximidades de la agricultura, como una extensión continuada de la misma, de demanda más inelástica, y para las que el peso de una imagen de marca, la innovación y el desarrollo de nuevos productos tiene menor relevancia. La especialización productiva que se profundiza en Andalucía viene a ser el contrapunto del núcleo más dinámico que hoy se desarrolla dentro de la industria agroalimentaria en las áreas centrales.

2. Son datos de la serie Renta Nacional de España y su distribución provincial, actualmente publicada desde la fundación BBV. En los años para los que se tienen datos de la Contabilidad Regional del INE (1980-1995), las cifras guardan un alto nivel de concordancia.
3. Esta tendencia de localización favorable a los centros de decisión urbano industrial se refleja en lo sucedido con la participación en la producción agroalimentaria de territorios como Cataluña, en los que el proceso ha sido el inverso al seguido por Andalucía. En 1955, Cataluña genera el 10,7% del valor añadido por la industria agroalimentaria española. Este porcentaje ha ido creciendo hasta situarse en 1995 alrededor del 20%.

La agricultura andaluza pierde peso en la cadena de valor agroalimentaria, pero el desplazamiento se hace aquí en beneficio, por una parte de grandes grupos empresariales que han penetrado en la estructura productiva andaluza y que modulan las características del proceso de reestructuración agroalimentaria al que se ha hecho referencia, y por otra de otros espacios, que coinciden en gran medida con las regiones que ganan en la globalización, en las que se sitúan los grandes centros de producción y distribución.

3. ACTIVIDAD AGRARIA Y ORDENACIÓN DEL TERRITORIO.

En el periodo aquí considerado, la agricultura andaluza ha visto reducirse las tasas de crecimiento del valor añadido a precios de mercado, que en los años 1991-95 ha llegado a ser negativo, viéndose compensados los ingresos agrarios por el crecimiento de las subvenciones, que pasan de suponer un 6,8% del valor añadido a precios de mercado en los años 1986-1990, a un 27% en 1991-95. Esto ha permitido que, mientras que dicho valor añadido ha descendido en un 27,5% en este último periodo, la renta agraria sólo lo haya hecho en un 2,7% (Delgado Cabeza y Vázquez Duarte, 1999). Hemos asistido, desde mitad de los 80, pero, sobre todo desde que se inicia la década de los 90, al tránsito del productivismo a una agricultura asistida.

Este declive del valor añadido generado por la agricultura hay que relacionarlo, en parte, con el papel que ha jugado el sector como elemento estabilizador de precios, en medio de un proceso de "industrialización" que ha elevado el peso de los "inputs" en el valor de la producción final agraria. La distribución, a su vez, de este valor añadido cada vez más "constreñido" por esta pinza, ha supuesto una participación creciente de los beneficios empresariales, junto con un continuado descenso de la participación de las rentas del trabajo, que han pasado de representar aproximadamente la mitad del valor añadido en 1975 a menos de la cuarta parte en 1990.

Si a todo esto añadimos el descenso del número de ocupados en la agricultura, que ha pasado de 364,2 a 202,0 miles entre 1981 y 1995, el resultado es una fuerte disminución del papel de la agricultura como fuente de riqueza en el medio rural andaluz. La industria agroalimentaria, tradicionalmente muy vinculada al sector agrario desde el punto de vista espacial, también ha experimentado cambios importantes que apuntan en la misma dirección.

La distribución dentro del territorio andaluz de las cifras de inversión en esta actividad transformadora de productos agrarios para el periodo 1984-1994 así lo corrobora. (Delgado Cabeza, y Román del Río, 1995). En 18 municipios,

(7,2% del territorio), de entre los más de 750 que conforman el territorio andaluz, se concentra el 64,4% de las inversiones que tienen lugar en el período considerado, mientras que en el 66% de los municipios se invierte sólo el 4% del total. Se trata, por tanto, de una inversión enormemente concentrada desde el punto de vista espacial, de tal modo que la mayor parte del territorio andaluz queda al margen de los procesos de crecimiento y acumulación que tienen lugar en el sector agroalimentario, sector que hace unas décadas se caracterizaba por una gran dispersión espacial de su actividad.

Todo ello tiene una incidencia de primer orden en la ordenación territorial de Andalucía, y concretamente en la dinámica espacial de la población, que aunque ha seguido unas pautas territoriales con una cierta continuidad desde los años 60, conoce ciertos cambios significativos desde los años 80.

Como muestran los datos de la Tabla 5, que recogen la distribución de la población andaluza por tamaño de los municipios, los cambios más relevantes experimentados en este sentido se pueden relacionar con tres tipos de municipios.

En primer lugar, los menores de diez mil habitantes, que han experimentado una recesión permanente desde 1960 en su peso dentro del conjunto, siendo la caída más intensa en el período más reciente, 1975-1996, en el que pasan de representar el 30,5% de la población andaluza, al 23,7%. En segundo lugar, hay que reseñar un cierto ascenso de los municipios que van de cincuenta a cien mil habitantes en el período 1975-1996, que pasan de suponer el 6,3% al

TABLA 5
DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN POR TAMAÑO DE LOS MUNICIPIOS

Intervalos de habitantes (miles)	Años		
	1960	1976	1996
0-10	36,6	30,5	23,8
10-20	17,6	13,4	13,8
20-50	15,7	17,1	15,6
50-100	7,8	6,3	10,3
100-500	22,4	23,1	19,3
+500	0,0	9,6	17,2
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: IEA. *S/MA*.

10,2% en estos quince últimos años. Este incremento va acompañado de una recesión, en el mismo período, de los que están entre cien y quinientos mil habitantes. No obstante, el cambio más notable es el que experimenta el grupo de más de quinientos mil habitantes, que prácticamente doblan su peso en los tres últimos quinquenios. El índice de Gini ha pasado de un valor de 0,52 en 1960 a 0,60 en 1975, y 0,66 en 1996. Se ha producido, por tanto, un incremento de la polarización en la distribución territorial de la población, siguiendo la tendencia de períodos anteriores al que aquí viene centrando nuestra atención.

Para matizar algo más estas consideraciones hemos elaborado la Tabla 6 y los Mapas 1 y 2, dividiendo el conjunto de municipios andaluces en tres grupos. Aquellos para los que decrece la población, los que tienen un crecimiento moderado (menor que la media), y los municipios que crecen por encima de la media, los más dinámicos desde el punto de vista demográfico. Con dos períodos de referencia: 1960-1981, y 1981-1996.

De 1960 a 1981, la parte del territorio andaluz que pierde población es más de un 80%. En el período 1981-96 más de la mitad de la geografía andaluza continúa despoblándose. Los 418 municipios en los que en este último período disminuye la población pasan de albergar un 23,9% de la población andaluza

TABLA 6
DINÁMICA DE LA POBLACIÓN EN ANDALUCÍA. (%)

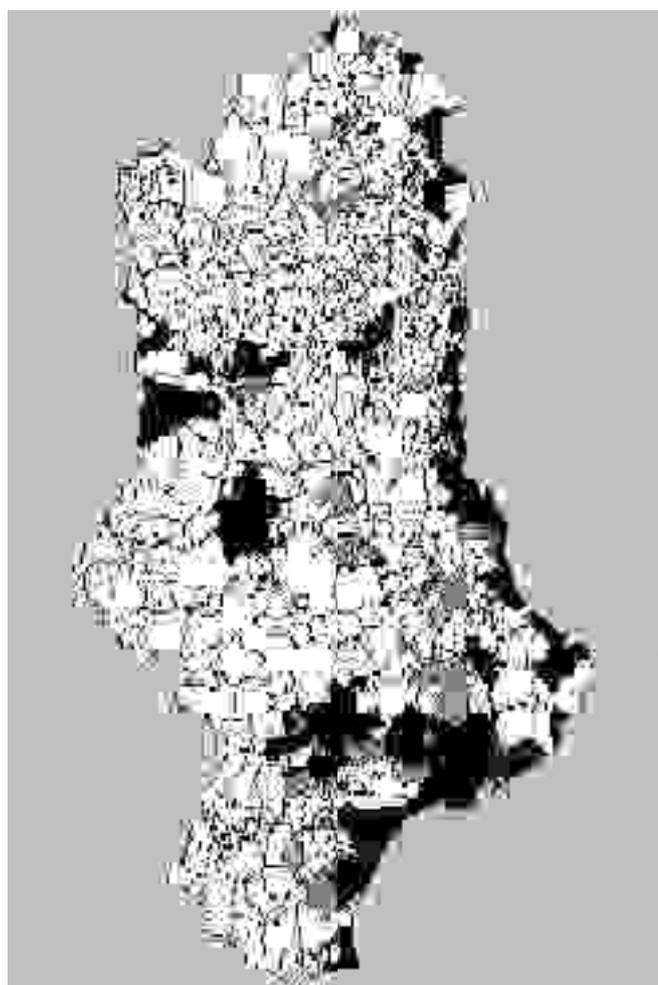
Crecimiento 1960-1981	Nº municipios	Superficie	Población 1960	Población 1981
Negativo	80,5	80,5	78,0	52,3
Moderado	14,7	6,0	6,0	4,9
Intenso	4,8	13,5	13,5	42,8
	100,0	100,0	100,0	100,0
Crecimiento 1981-1996	Nº municipios	Superficie	Población 1981	Población 1996
Negativo	55,1	52,7	23,9	19,3
Moderado	22,5	29,2	48,8	47,6
Intenso	22,4	18,0	27,2	33,1
	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: IEA. SIMA

en 1981 al 19,2% en 1996. Esta parte del territorio andaluz en declive, comprende, como deja traslucir el mapa 2, Sierra Morena, Las Sierras de Cazorla y de Segura, gran parte de la provincia de Almería, y el norte de la de Granada, algunos municipios del pasillo intrabético, una buena parte de la Serranía de Ronda, y de la Sierra y la Campiña de Cádiz. Las excepciones que dentro de estas zonas presentan una cierta dinamicidad demográfica pueden reducirse a Jabugo y Aracena en Huelva, Pozoblanco en el Valle de los Pedroches, Andújar, en Jaén, y un pasillo que va de Jerez hacia Málaga y que comprende los municipios de Jerez, Arcos, Bornos, Prado del Rey, El Bosque, Grazalema, Ubrique, Ronda, el Burgo, Yunquera, Ardales, Antequera, Álora y Pizarra. A estos municipios habría que sumar alguna otra singularidad como la que tiene lugar en Macael, y algunos municipios próximos.

Esta zona del medio rural andaluz, que a pesar de su ya dilatada trayectoria como área de expulsión de población, y una vez frenados los movimientos migratorios de los años 60 y 70, continúa aún perdiendo población, presenta una fuerte coincidencia con las áreas que aparecen en blanco en el Mapa 3, en el que se ha representado la cantidad de trabajo que proporciona la agricultura, clasificando a los municipios en tres intervalos. Los que están por debajo de las 500 Unidades de Trabajo al Año (U.T.A.), los comprendidos entre 500 y 1500 U.T.A. y aquellos en los que la actividad agraria requiere más de 1.500 U.T.A. Los municipios en los que la agricultura demanda menos cantidad de trabajo, son, con bastante aproximación, los que continúan despoblándose.

Si bien parece suficientemente constatada la remisión de la actividad agraria como principal fuente de riqueza en el medio rural, (Naredo, 1987), lo que nos indica la coincidencia señalada anteriormente es que en los espacios rurales donde el empleo agrario es muy escaso, no se ha conseguido generar actividades económicas alternativas capaces de detener el agotamiento demográfico, de modo que hoy más de la mitad del territorio andaluz, con una base económica muy débil y poco diversificada, (Ocaña, García Manrique y Navarro, 1998), se sitúa al margen de los procesos de crecimiento y acumulación.





Un segundo grupo de municipios es el asociado al segundo intervalo de la tabla 6, que figuran en gris en el Mapa 2. Son los espacios con un crecimiento moderado de la población entre 1981 y 1996, habiéndose detenido en ellos la pérdida de población que tenía lugar en el período 1961-81 (Mapa1). Este grupo de municipios, que abarca un 29,2% del territorio andaluz, manteniendo su peso demográfico -alrededor del 48% de la población andaluza-, reúne dos características. Por una parte, su localización tiene como eje el valle del Guadalquivir, de modo que, desde algunos municipios de la Campiña Norte de Jaén -Linares y Bailén-, la Loma, -Úbeda y Baeza-, la Campiña Sur, -Jaén, Torre Don Jimeno y Martos-, el triángulo se ensancha a medida que nos aproximamos al sector occidental de la Depresión del Guadalquivir. Por otro lado, en estos espacios "salpicados por pequeñas ciudades medias", (Ocaña, García Manrique y Navarro, 1998), la agricultura proporciona una cantidad mayor de trabajo que la que se tenía para el grupo anterior, siendo su estructura económica más diversificada.

El tercer grupo está formado por el ámbito más dinámico del territorio andaluz, y comprende sólo el 18% del territorio. Su población ha pasado en 15 años de suponer un 27,2% de la población andaluza, a un 33,1% de la misma. Básicamente comprende las áreas metropolitanas que se sitúan alrededor de las capitales de provincia, en algunos casos, como el de Granada o Cádiz, sin incluir a la propia capital, y el litoral andaluz, con una dinámica económica y demográfica centrada en torno al turismo y/o las nuevas agriculturas. Dentro de estos espacios sobresale el crecimiento del área de influencia de Sevilla capital, la costa de Huelva y la Bahía de Cádiz, abarcando este triángulo, con cerca del treinta por ciento de la población andaluza de 1996, la parte del territorio andaluz que polariza en mayor medida la dinámica demográfica.

Retroceso de una parte del medio rural, sumido en una crisis profunda, mientras avanza la concentración de la población en algo menos de una quinta parte del territorio andaluz, en el que se localiza ya la tercera parte de la población. Polarización que traduce una dinámica demográfica desigual y un modelo de ordenación del territorio en el que los dos grupos extremos se separan, creciendo, por tanto, los desequilibrios territoriales. Es la proyección interna del modelo territorial asociado a una economía mundializada. Un modelo en el que los espacios más dinámicos, la franja litoral y las grandes aglomeraciones urbanas, son los mejor conectados, entre sí y con el exterior, configurándose una economía de archipiélago (Veltz, 1999), en la que, junto a tramas y redes territoriales crecientemente polarizadas y vinculadas a la globalización, se extienden espacios sumergidos, apartados de los principales procesos de crecimiento y acumulación, aunque en ellos se sitúa una parte muy importante del patrimonio natural de Andalucía, cumpliendo funciones fundamentales para el mantenimiento y la reproducción del modelo de crecimiento que tiene lugar en los espacios más valorizados por el capital.



BIBLIOGRAFÍA

- BONANNO, A. (1994) *Globalización del sector agrícola y alimentario*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- CONSTANCE, D.H. Y HEFFERMAN, W.D. (1994) "Las empresas transnacionales y la globalización del sistema agroalimentario" en Bonnanno, 1994.
- CASTELLS, M. (1997) *La sociedad red*. Ed. Alianza.
- DELGADO CABEZA, M. y VÁZQUEZ DUARTE, A. (1999) "Modernización y crisis de la agricultura en Andalucía" en *El Campo andaluz. Una revisión historiográfica*. Antrhopos. En prensa.
- DELGADO CABEZA, M. (1995) "Las relaciones con el exterior de la estructura productiva andaluza. Análisis de las necesidades de importación. 1980-1990" en *Contabilidad Regional y Tablas Input-Output de Andalucía 1990*. IEA
- DELGADO CABEZA, M. y ROMÁN DEL RÍO, C. (1995) "Impactos territoriales y reestructuración económica sobre el sector agroalimentario en el sur de Europa. El caso de Andalucía" en *Revista de Estudios Regionales*. nº42
- ETXEZARRETA, M. (1999) "Tendencias de evolución de la agricultura del siglo XXI" en *La Catalunya agrària en l'horitzó del 2001*. Institució Catalana D'estudis Agraris.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (1999) "Globalización, Territorio y Población" texto que saldrá publicado dentro de un trabajo colectivo en la Colección Economía y Naturaleza de la Fundación Argentaria.
- GÓMEZ BENITO, C. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. (1997) *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- GOODMAN, D. y WILKINSON, J. (1994) "Agro-Food Futures: Towards a polyvalent Agro-Food System" en McMichael, M (de.) *Food Systems and Agrarian Change in the Late Twentieth Century*
- GRUNWALD, J. y FLAMM, K. (1985) *The Global Factory. Foreign Assembly in International Trade*. Ed. The Brookings Institution.
- HIRST, P. Y THOMPSON, G. (1996) *Globalisation in Question*. Polity Press.
- MCMICHEL, PH. (1994) *The global Restructuring of Agro-food systems*. Cornell University Press.
- MORILLAS RAYA, A. (1995) "Aplicación de la teoría de grafos al estudio de los cambios en las relaciones intersectoriales de la economía andaluza en la década de los 80" en *Contabilidad Regional y Tablas Input-Output de Andalucía. 1990*. IEA.
- NAREDO, J.M. y ABAD, A. (1997) "La agricultura española en las últimas décadas" en Gómez Benito, C. y González Rodríguez, J.J. *Agricultura y Socie-*

- dad en la España Contemporánea*. CIS y Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación.
- NAREDO, J.M. (1996) "Sobre el declive de la producción agraria en la economía del medio rural" en *La evolución de la Agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*. (1940-1990). 3ªed. Servicio de Publicaciones. Universidad de Granada.
- OCAÑA, C.; GARCÍA MANRIQUE, E.; NAVARRO RODRÍGUEZ, S. (1998) *Andalucía. Población y Espacio Rural*. Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía. Universidad de Málaga.
- SANZ CAÑADAS, J. (1993) *Industria Agroalimentaria y Desarrollo Regional*. Ministerio de Agricultura, Pesca y alimentación.
- VELTZ, P. (1999) *Mundialización, ciudades y territorios*. Ed. Ariel.
- WHATMORE, S. (1995) "From Farming to Agrobusiness: the Global Agro-food System" en Johnston, R.J.; Taylor, P.J. y Watts, M.J. *Geographies of Global Change*. Blackwell.